

la Torre en 1716 con motivo de la entrada de fray Diego Morcillo Rubio y Auñón en Potosí, recién nombrado virrey y capitán general de Perú, “texto desconocido para la crítica literaria más especializada” (p. 140). Zugasti localizó (en la Biblioteca Nacional de Lima y en la John Carter Brown Library de la Universidad de Brown) dos ejemplares de la *Aclamación festiva de la muy noble imperial villa de Potosí, en la dignísima promoción del Excmo. Señor Maestro Don Diego Morcillo Rubio y Auñón...*, que incluye la loa de De la Torre. El penúltimo ejemplo es la loa que escribió Pedro de Peralta Barnuevo a su festejo dramático *Afectos vencen finezas*, con motivo del cumpleaños del mismo virrey Diego Morcillo en 1720. Siguiendo con la norma, la loa “es un testimonio más de pleitesía y aplauso del homenajeado, en donde concurren cantando variados personajes mitológicos y alegóricos” (p. 144), entre ellos, fugazmente, América y España. Por último, para festejar la proclamación de Fernando VI en 1748, fray Francisco del Castillo compuso una comedia titulada *La conquista del Perú*, que lleva su correspondiente loa en la que todas las personas dramáticas son “abstracciones que compiten entre sí por ensalzar al joven monarca” (*id.*). Como apéndices del estudio, Zugasti incluye la edición crítica de dos loas, una inédita y la otra rarísima, que muestran la imagen alegórica de América: la primera es la que hizo Antonio Zamora “para el Auto del Pleito Matrimonial de Don Pedro Calderón”, de la que se conserva un manuscrito en la Biblioteca Nacional de Madrid; la segunda es esa loa “desconocida” de Juan de la Torre, con motivo de la entrada del virrey Morcillo en Potosí.

PABLO LOMBÓ MULLIERT
El Colegio de México

AURELIO GONZÁLEZ PÉREZ, *El Romancero en América*. Síntesis, Madrid, 2003.

El tiempo se ha encargado de confirmar la vitalidad del Romancero. Durante siete siglos, esta expresión de la cultura ibérica se ha extendido por toda la geografía mundial y enriquecido en variantes y temas; asimismo, el romance constituye una especie de género proteico porque ha sabido convivir con otros géneros, ha sorteado el afán de fijación de la tradición escrita (manuscrita e impresa) y se ha imbricado con ella; en fin, ha mantenido viva la premisa de toda literatura de tipo *tradicional*: vive en variantes.

El Romancero en América, de Aurelio González, resulta un trabajo provocador en dos sentidos: primero porque si bien tiene un carácter panorámico, es un reto para los investigadores del área por el esfuerzo

de síntesis y claridad expositiva; luego, porque al tratar sobre múltiples tópicos (delimitaciones conceptuales, caracterización del Romancero en la Edad Media, el Romancero en tierras americanas –por regiones, desde Canadá hasta Tierra del Fuego–, índices y fuentes de los romances, y selección de romances cuyas versiones bien pueden llamarse “americanas”), el espectro temático puede provocar, en el sentido de sugerir, nuevas investigaciones sobre este campo de la literatura que se renueva en la medida en que su transmisor, el “autor legión”, imprime en cada ejecución modulaciones improvisadas, adaptaciones al auditorio, fallas de memoria o, en el caso extremo, su gusto por la improvisación.

Según Aurelio González, la apertura textual del Romancero ha sido fundamental para su pervivencia, pues el canal de transmisión, la oralidad, y su soporte textual, la memoria, tienen la virtud de conservar y transformar al mismo tiempo, como el agua en movimiento: el Romancero es medieval y moderno, individual y colectivo, uno y diverso, gracias principalmente al “carácter efímero de cada variante, o sea a la inestabilidad textual definitoria de la literatura de transmisión oral debida a su «apertura», significa que nunca se agotan las posibilidades de variación de un «texto»” (p. 12). Así, la apertura puede registrarse en el plano de la variación discursiva, del significante, como en el del significado.

El Romancero en América se halla organizado a partir de varios criterios: el capítulo primero ofrece un panorama teórico sobre el Romancero, donde se deslindan conceptos como tradición oral y la forma “romance”; asimismo, hay un paseo por los temas y estilos del Romancero. El capítulo 2 parte de una perspectiva cronológica; está dedicado a revisar la trayectoria del Romancero desde la Edad Media hasta el siglo XIX. Precisamente, el apartado, “El romance según los autores americanos del siglo XIX”, sirve de puente, un poco anacrónico, entre el segundo y tercer capítulos, pues está dedicado a la llegada del Romancero a tierras americanas ya mediante las crónicas de la Conquista, ya mediante otros testimonios, manuscritos e impresos. El efecto fue inmediato: en pleno siglo XVI la gama temática del Romancero acoge textos alusivos a la Conquista; se trata de romances derivados de *La Araucana* de Ercilla o dedicados a insignes conquistadores como Lope de Aguirre y Hernán Cortés.

Según Aurelio González, el “autor legión” de las tierras recién conquistadas produjo numerosos testimonios que no llegaron a manos de algún moderno investigador: “debió haber existido mucha más información sobre la presencia del Romancero en la Conquista y de la visión de la Conquista en el Romancero, pero sabemos que el romance vive en la inestabilidad de la tradición oral o en la aparente estabilidad impresa del pliego suelto, que es también muy perecedera” (p. 58). El autor concluye este apartado con la idea de que el Roman-

cero se convirtió en el principal nexo literario entre España y América desde que ésta formó parte del horizonte cultural de Occidente.

El capítulo 4 consiste en un repaso cronológico de las recolecciones del Romancero de tradición oral en América desde el viaje de Ramón Menéndez Pidal, en 1905; se trata de un esfuerzo por organizar los florilegios, antologías y otras obras que han compilado romances en tierras americanas. Éste y el capítulo 5 bien pudieron aglutinarse, porque se refieren a las características del Romancero en América. El principio que sustenta este capítulo radica en que “la tradición americana del Romancero, en el ámbito global panhispánico, tiene unas características particulares que la distinguen de la tradición general española peninsular e incluso de algunas regionales, en cuanto es más restringida en los temas que se conocen, así como en la vitalidad del género; a esto hay que añadir lo escaso de las recolecciones, lo cual limita el alcance de los estudios y las caracterizaciones que se pueden hacer” (p. 116).

Después de lo que podría considerarse la parte teórica de *El Romancero en América*, Aurelio González explora los avatares del Romancero en toda la geografía americana, por orden: Estados Unidos, México, el Caribe, Centroamérica, la zona Andina, Chile y el Río de la Plata. En todos los casos, se hace alusión a los principales estudiosos del área geográfica elegida; se hace referencia a los aportes y hasta una evaluación de los materiales consultados; asimismo, se registran los romances recuperados, las distintas versiones, la zona donde se recolectaron y, cuando es necesario, se ofrece la muestra de un romance de carácter excepcional, ya por las variantes incluidas, ya por la combinación de varios romances, en fin, por su adaptación léxica, temática o formal a la realidad americana.

En lo que se refiere a la tradición portuguesa y a la tradición sefardí en América, Aurelio González dedica sendos capítulos (13 y 14, respectivamente) para rastrear la vitalidad de esta vena del Romancero, con lo cual abarca ampliamente estas manifestaciones que sobreviven en el marco de una identidad amenazada; por desgracia, apunta el autor, “en términos generales parece claro que asistimos al final de la vida tradicional de un tipo de literatura apoyado en la oralidad” (p. 204).

El libro cierra con varios apéndices que permiten consultar una antología de romances poco frecuentes en la tradición americana, un catálogo de fuentes, títulos de romances recogidos de la tradición oral americana, así como una distribución geográfica de los romances, un índice nominal, un glosario y, finalmente, una cronología mínima que facilita el trabajo de consulta.

La consignación y evaluación de un corpus tan vasto, como el que se estudia en *El Romancero en América*, puede convertirse en un texto básico para nuevas investigaciones. Es también una suerte de catálogo abierto de temas. Por estas razones, merece un lugar privilegiado en el

marco de los estudios de la literatura de tipo tradicional, en general, y del Romancero, en particular.

ANTONIO CAJERO
El Colegio de México

ANTONIO RUBIAL GARCÍA, *Monjas, cortesanos y plebeyos. La vida cotidiana en la época de sor Juana*. Taurus, México, 2005.

Quien se ocupe en leer con detenimiento el *Diario de sucesos notables* de la Ciudad de México llevado por el presbítero Antonio de Robles entre 1665 y 1703 quizás se sorprenda al descubrir la facilidad con que en el siglo xvii la gente se caía muerta, en cualquier parte y en cualquier momento, y sin dar aviso. Vayan de muestra las siguientes entradas: 25 de abril de 1675: “a la oración se cayó muerto un hombre vizcaíno en la puerta del conde de Santiago”. 29 de octubre de 1685: “vino nueva a las siete de la noche, de haberse caído muerto en San Agustín de las Cuevas el capitán José Retes”. 4 de marzo de 1687: “se cayó muerto en el Carmen un mulato, confesándose”. 2 de diciembre de 1702: “estando bailando una mujer, se cayó muerta”.

Y así, a lo largo de ese interesante documento que es el *Diario* de Robles, podemos encontrar centenares más de ejemplos, algunos no mayores que una escueta frase, otros tremendamente circunstanciados, en los que el protagonismo de la muerte –individual o colectiva, natural o violenta, edificante u horrorosa, ilustre o anónima– da la impresión de ser uno de los principales rasgos de la vida de los habitantes del México barroco. La existencia y sus gozos parecen, en este y otros testimonios de la época, más bien la excepción que la regla, una carrera breve y ruidosa cuyo pronto final se aguarda y aún se desea, como el anochecer y el sueño reparador que lo acompaña; el final no lo es en realidad, sino el tránsito a un estado diferente y natural, el de los muertos, no divorciado, sino en comunicación frecuente con el de los vivos. Esa familiaridad con la muerte es uno de los muchos síntomas de la distancia prácticamente insuperable que nos separa a los longevos mujeres y hombres del siglo xxi, hijos de la medicina, la educación y el consumo modernos, del universo mental de quienes vivieron en los tiempos de sor Juana Inés de la Cruz. Y es también la medida del elevado grado de dificultad que encierra escribir la historia de la vida cotidiana, un reto que ha enfrentado exitosamente Antonio Rubial García, profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, en cuyos cursos y seminarios cientos de alumnos suyos hemos tenido la oportunidad de atisbar una Nueva España como la que se retrata en las páginas de su libro *Monjas, cortesanos y plebeyos. La vida cotidiana en la época de sor Juana*.